

BIOGRAFIA

DEL GENERAL

SANTA-ANNA

AUMENTADA

CON LA SEGUNDA PARTE.

CON LA SEGUNDA PARTE.



MEXICO.

IMPRENTA DE V. G. TORRES,  
Calle de S. Juan de Letran n. 3.

1857.

1232  
S2  
51  
857  
.3

*Dr. Juan Fernandez Garcia*

31232  
.S2  
V51  
1857  
C.3



1080076311



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIOGRAFIA

DEL GENERAL

SANTA-ANNA

AUMENTADA

CON LA SEGUNDA PARTE.



MEXICO:

REIMPRESA POR VICENTE GARCIA TORRES,

Calle de San Juan de Letran núm. 3

1857.

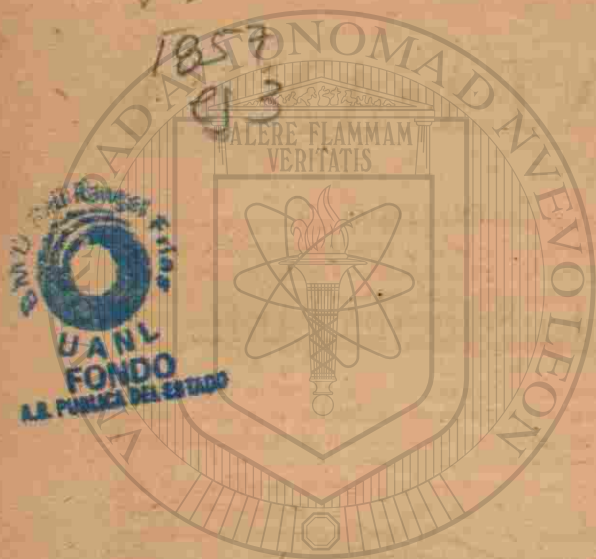
F1232

-52

V51

1850

93



Biblioteca Magna Universitaria  
"Hans Kegel Frón"

DIRECCIÓN GENERAL DE

**ESTE** hombre fatal, este genio del mal y que abortó el averno para oprimir, degradar y vejar á la magnánima, dulce y apacible Nación mexicana, nació en Veracruz, patria de los hombres mas distinguidos, eseluyéndose la regla en haber nacido en ese lugar de luces y de virtudes, esa hidra de Antonio Lopez de Santa-Anna, causa esclusiva de todos los males de México.

Poco importa saber qué dia nació ese hombre extraordinario y raro por el conjunto de sus maldades, ni tampoco es del caso la relacion del tiempo de su juventud: sigámoslo desde que dió el primer paso en su carrera.

Sentó plaza de cadete en el regimiento de infantería fijo de Veracruz, por el año de 1812 ó 1813, marchando á poco para las provincias internas de Oriente con su cuerpo, de que era coronel el brigadier D. Joaquín Arredondo.

Esa época de su vida fué el preludio de lo que seria despues: su conducta, según informes de sus contemporáneos, entre ellos el general Lemus, fué escandalosa, y estuvo próximo á que se le cortara la mano derecha por haber falseado la firma á su coronel, pidiendo en su nombre una cantidad de dinero á un comerciante que aún vive.

La causa en que constaba probado este vergonzoso hecho, existia en el archivo de la capitania general hasta 1832; pero fué robada de dicho archivo por un capitan presidial, que obtuvo por esta gracia el empleo de teniente coronel que le dió el general Santa-Anna (1).

Por empeños consiguió Santa-Anna que se le remitiera á Veracruz, donde se organizaba su cuerpo, y dejó aquellos departamentos llenos de funestas impresiones, ya por sus ro-

(1) Se citará el capitan si necesario fuere

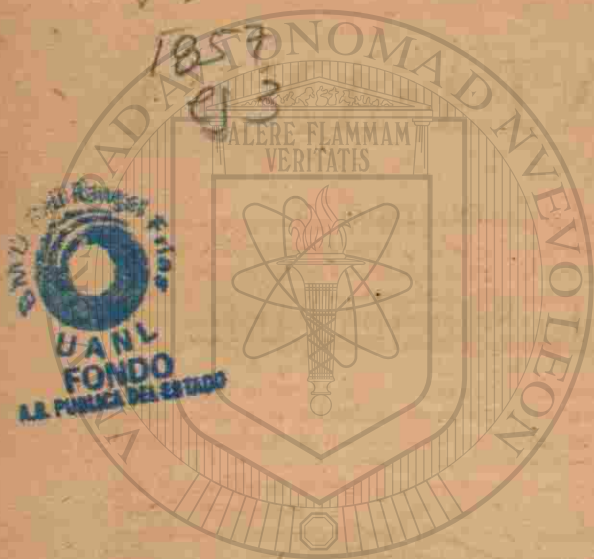
F1232

-52

V51

1850

93



Biblioteca Magna Universitaria  
"Hans Kegel Frón"

DIRECCIÓN GENERAL DE

**ESTE** hombre fatal, este genio del mal y que abortó el averno para oprimir, degradar y vejar á la magnánima, dulce y apacible Nación mexicana, nació en Veracruz, patria de los hombres mas distinguidos, eseluyéndose la regla en haber nacido en ese lugar de luces y de virtudes, esa hidra de Antonio Lopez de Santa-Anna, causa esclusiva de todos los males de México.

Poco importa saber qué dia nació ese hombre extraordinario y raro por el conjunto de sus maldades, ni tampoco es del caso la relacion del tiempo de su juventud: sigámoslo desde que dió el primer paso en su carrera.

Sentó plaza de cadete en el regimiento de infantería fijo de Veracruz, por el año de 1812 ó 1813, marchando á poco para las provincias internas de Oriente con su cuerpo, de que era coronel el brigadier D. Joaquín Arredondo.

Esa época de su vida fué el preludio de lo que seria despues: su conducta, segun informes de sus contemporáneos, entre ellos el general Lemus, fué escandalosa, y estuvo próximo á que se le cortara la mano derecha por haber falseado la firma á su coronel, pidiendo en su nombre una cantidad de dinero á un comerciante que aún vive.

La causa en que constaba probado este vergonzoso hecho, existia en el archivo de la capitania general hasta 1832; pero fué robada de dicho archivo por un capitan presidial, que obtuvo por esta gracia el empleo de teniente coronel que le dió el general Santa-Anna (1).

Por empeños consiguió Santa-Anna que se le remitiera á Veracruz, donde se organizaba su cuerpo, y dejó aquellos departamentos llenos de funestas impresiones, ya por sus ro-

(1) Se citará el capitan si necesario fuere

bos de animales, ya por los topillos que hacia en los gallo, su aficion desde jóven, y la causa fué archivada, lo que tuvo Santa-Anna, y con razon, por un singular favor (2).

Llegó á Veracruz (con recomendacion, se entiende, del Sr. Arredondo) el sub-teniente Santa-Anna por el año de 1814, y el general Dávila, que allí mandaba, no quiso que se incorporara á su cuerpo y lo comisionó con los jarochos de afuera de Veracruz.

Allí fué donde empezó á hacer sus fullerias de aparentar salidas y encuentros con los insurgentes, y de esa manera consiguió el favor del gobernador Dávila; de manera que por esto y haberlo sacado del mal estado en que vino de las provincias internas, le llamaba padrino y bienhechor.

Consiguió, en una de tantas farsas que hacia con los jarochos, que lo hicieran teniente, y esta era la graduacion que tenia en 1815 ó 16.

Quedó en esa esfera algun tiempo, hasta que en 821, que el inmortal Iturbide proclamó la independencia, ya se encontraba con dos charreteras de capitán.

El general Herrera, caudillo de la independencia, se habia posesionado de Orizava, y una partida de los independentes habia sido batida por Santa-Anna y sus jarochos; por lo que el virrey le habia enviado el grado de teniente coronel. Luego que recibió este despacho, se marchó y se presentó con una partida de su gente, que no llegaba á 200 hombres, al Sr. general Herrera, que se retiró entonces á Córdoba á esperar á Hevia.

En esa gloriosa victoria estuvo en equilibrio Santa-Anna, pues si él hubiera cooperado con la caballeria que mandaba, no hubieran vuelto á Orizava los restos de la division española, que se contentó con llevarla á la vista sin atacarla.

Por este hecho, y por la maldad de presentarse como teniente coronel efectivo, le vino del Sr. Iturbide el despacho de teniente coronel y grado de coronel (1821).

Despues de la toma de Puebla, se le nombró á expedicionar con una seccion sobre Veracruz: reunió una fuerza de mas de 1.500 hombres, y asedió la plaza, donde se defendia su bienhechor, que él llamaba, el general Dávila.

Dispuso atrabacadamente el asalto de la plaza, y en efec-

(2) El general Lemus, cuando ha sido enemigo del general Santa-Anna, ha publicado en reserva este relato, que todos los que pertenecieron al regimiento fijo de Veracruz, lo saben perfectamente, y no se atreverá á negarlo, el que hoy se quiera hacer pasar por héroe.

to las tropas se hicieron de ella, restando por tomar los baluartes de la Concepcion y el de Santiago, que miran á la mar.

No supo Santa-Anna asegurar su triunfo, pues sus 1.500 hombres victoriosos, fueron arrojados de la plaza por solo 60 soldados á las órdenes del capitán Parres, y todo Veracruz vió salir al héroe, el primero, huyendo y dejando que todo se perdiera.

Los españoles, por fin, determinaron, al cabo de algun tiempo, abandonar Veracruz, y se posesionaron de la plaza nuestras tropas.

Estas escaramuzas de Santa-Anna y las promesas del plan de Iguala, le valieron el empleo de coronel, y el grado de brigadier que le dió el Sr. Iturbide.

El brigadier Santa-Anna vino á la capital cuando ya se habia declarado el imperio (1822). Muy sabido es aqui que se declaró al padre del Sr. Iturbide príncipe de la Union, y á la señora doña Nicolasa, anciana de 60 años, princesa tambien.

El emprendedor Santa-Anna, amigo del brillo, enamoró á aquella respetable señora y trató de casarse con ella. El Sr. Iturbide, que conoció la ambicion de Santa-Anna, se negó al enlace con amarga burla, y lo mandó á Veracruz á las órdenes del Sr. general Loases.

Al ver que no consiguió su ridículo enlace con la anciana princesa, comenzó á conspirar contra el Sr. Iturbide, y se fué á la repetida provincia á trabajar de acuerdo con el partido contrario de Iturbide (los escoceses).

La salida del Sr. Iturbide para Veracruz tuvo por objeto reducir el castillo de Ulúa y contener los descontentos que habian hecho algunos trabajos en contra de su gobierno: y si no me engaño, sabia ya los pasos de Santa-Anna.

El magnánimo Iturbide, tan valiente como hábil, quiso regañar á Santa-Anna en lugar de castigarlo, por el desprecio con que veia á un hombre que habia tenido las pretensiones de ser príncipe, casándose á los 34 años de su edad con una anciana de 60!!!

Se presenta Santa-Anna en Jalapa pálido y tembloroso; lo reprende el Sr. Iturbide, se arrodilla el pretendiente de doña Nicolasa, y pide perdon!! El Sr. Iturbide quedó vengado con ver á sus piés, pálido y temblando, al que soñaba derribarlo del trono, y lo levantó perdonado. Hizo mas, porque mas pidió el degradado; le dió de su bolsillo particular 500 ps. (3), porque le dijo que no tenia ni para comer.

(3) Le fueron entregados por Landa, mayordomo particular del Sr. Iturbide, que aun vive.

La comandancia general de Veracruz, provincia entonces, estaba encomendada al Sr. general Calderon, y residia en Jalapa. Al brigadier Santa-Anna, coronel del 8.º regimiento de infanteria, se le permitió volver á Veracruz, despues de su prometida enmienda, y el emperador Iturbide se vino á México, dejando en su entender arreglados los asuntos de Veracruz y de las hostilidades contra el castillo de Ulúa.

Apenas llega Santa Anna á Veracruz, subleva el regimiento que mandaba, que tenia la mayor fuerza, y consigue que toda la guarnicion proclame el plan de República. Celebra armisticio y suspension de hostilidades con el general español que defendia el castillo de Ulúa, y se prepara para la defensa de la plaza.

He aquí el primer ejemplo de indisciplina; el primer escándalo de insubordinacion; la primera noche del incendio de tantos años de amargura y de desgracias; el primer eslabon de la cadena que ata nuestro infausto destino! No se entienda esto porque invocó Santa-Anna la República, sino porque fué el primer desatino contra el primer gobierno establecido por los mexicanos, y que ha sido el que rompió el nombre para que ninguno sea respetado. Téngase presente que el general Santa-Anna ha sido el que tomó la primera bandera de la anarquía y de la revolucion.

Lleno de orgullo Santa-Anna, y animado por el poderoso partido escocés, avanzó sobre Jalapa con fuerzas respetables.

El valiente general Calderon lo esperó en dicha ciudad con fuerzas muy inferiores. Cometió Santa-Anna los defectos propios de su ignorancia y cobardia, y se vió precisado á ponerse en fuga á uña de caballo, cuando se defendian todavía en San José de Jalapa sus valientes soldados á las órdenes del denodado coronel Toro.

Estaría ya Santa-Anna en plan del Rio, diez y ocho leguas de Jalapa, agitando su desmayado caballo, cuando el combate era aun dudoso, y lo mantenian con arder los gefes tan bizarros que por desgracia habia comprometido su presuntuoso caudillo: todos fueron muertos ó prisioneros, y solo el sagaz gefe y otros como él, en corto número, escaparon. No faltó en rajar y despedazar el crédito de los valientes coroneles Toro y Leño, con todo y que este último murió combatiendo como un héroe.

No es nuestro objeto escribir la historia de la República, sino bosquejar las acciones del general Santa-Anna, quien en seguida fué asediado por el general Echávarri, y en el acto Santa-Anna se puso en convenio con los españoles, pidiéndoles municiones y tropa para sostener el asalto que pre-

paraban las tropas imperiales. Público y sabido es, que á pesar de la oposicion del patriota y valiente coronel Landero y de otros, llegó parque de fusil y de cañon á Veracruz, mandado por los españoles, y el general Lemus le ofreció á Santa-Anna que lo auxiliaria en el momento que observara el ataque del general Echávarri, haciendo desembarcar cuatrocientos infantes! ¡Traicion infame, sabida por todos y no castigada, porque fué cauenizado todo por el triunfo de los republicanos!

De estas relaciones vino que el gobierno español tuviera correspondencia secreta con el traidor Santa-Anna (4) por medio de Vives, capitán general de la Isla de Cuba, y consta todavía en la gabeta secreta de aquella capitania general el duplicado de un pliego de la corte de Madrid, por haber recibido el original el general Santa-Anna.

No extrañemos, pues, que haya recibido la cruz de *Cárlos tercero*, que con mengua de todos los mexicanos solicitó de la reina Isabel II, y le fué concedida seguramente en atencion á sus méritos y á los que le esperaban de su lealtad al trono y aficion á las princesas afeijas...

La caída del desgraciado Sr. Iturbide, no fué obra solo de Santa-Anna, sino de un partido poderoso impulsado por la venganza española, oculta ésta bajo el título de libertad que ostentaban los escoceses, partido á que pertenece Santa-Anna.

El gobierno que siguió al imperio fué el del triunvirato, al que no faltó el general Santa-Anna en atacar, sublevándose en San Luis contra el gobierno, proclamando federacion, y su- cambiando á la corta fuerza con que el general Armijo lo redujo en San Luis Potosí.

*Segundo gobierno que ha tenido la República, y segundo alzamiento del general Santa-Anna en su contra.*

Los escesos que permitia á sus soldados del 8.º regimiento, fueron la causa y señalaron la época de inmoralidad para el ejército, que despues ha sido tan funesta. Agradecemosle al héroe de las revueltas estas lecciones de orden y de buen ejemplo.

El 8.º batallon fué disuelto porque faltó á la subordinacion, y se mandó que se borrara del número de las tropas del ejército.

(4) De esto hay pruebas en el ministerio de relaciones, dadas por. . . . . y que han sido estraidas en tiempo del poder de Santa-Anna.

No tuvo mas castigo en esta vez, que quitarle el mando de su cuerpo y venir á la capital sin destino (1823).

En seguida se ofreció el plan de Lobato pidiendo la espulsion de españoles, y Santa-Anna, que estaba con los pronunciados, ofreció su espada al congreso, porque no lo hicieron general en jefe: el resultado fué sabido, y la falsedad de Santa-Anna palpable á todos.

*Tercera prueba del general Santa-Anna de amor al orden y de su poca ambicion.*

Consiguio Santa-Anna ir á Veracruz, donde el general Echávarri combatía contra los españoles de Ulúa, y se le dió á mandar parte de la guarnicion.

Todos saben en Veracruz la intriga que formó, por la cual iba á ser victima el general Echávarri á manos de los españoles. El valor y presençia de ánimo de aquel general lo libró de ser prisionero ó muerto por los enemigos.

El motivo de la rivalidad era la preferencia que hacía Echávarri daba una señorita rica, que aun vive, y á la que la ambicion de Santa-Anna se dirigia . . .

En la época del plan de Tulancingo (1826), en que trató el general Bravo de mudar á los ministros de la época, se hallaba el general Santa-Anna sin mando; y bajo el pretexto de jugar gallos en Huamantla, vino á esa poblacion, y de allí violentamente se presentó en Tulancingo, comprometido con el general Bravo por ser del partido llamado entonces escoceses. Encontró en mala situacion al general Bravo, y se ofreció al Sr. Guerrero, despues de que este general le dijo mil claridades, porque conociera Santa-Anna que sabia á lo que venia, con el mayor desprecio, sin darle mando, le dijo: *pues ayude en lo que pueda.*

Entonces el general Santa-Anna se agregó á la compaña de cazadores de Toluca, que sin resistencia asaltó un parapeto de la plaza de Tulancingo, y contribuyó de esa manera ridicula á la derrota de sus amigos, y á quienes venia á unir-se; bien que su carácter es servirse de los hombres y tirarlos como trapos cuando ya le sirvieron.

Con todo y la traicion con que trató á sus partidarios los escoceses, no logró el favor de la administracion que regia en 1826, y se volvió al Estado de Veracruz, donde fué electo gobernador del mismo, en cuyo destino abusó de los caudales públicos, y fué acusado ante la legislatura del Estado, sumariado y suspenso: así se hallaba cuando se hizo la eleccion de

presidente en el Sr. Pedraza, que tenia por su mortal enemigo (1828).

El partido yorquino se opuso á la eleccion del Sr. Pedraza, y las tropas que se hallaban en Jalapa, que todas eran yorquinas, eligieron jefe de la revolucion á Santa-Anna; lo invitaron, y pusieron en sus manos los medios de oponerse á que tomara posesion el Sr. Pedraza.

El general Santa-Anna, perdido por su proceso pendiente, se lanzó á la revolucion contra el partido á que pertenecia, y despues de mil escaramazas, salió acosado por el número de fuerzas para Oajaca, donde la impericia del general que mandaba allí le facilitó la entrada.

No supo aprovecharse de aquellas ventajas; fué derrotado el dia 14 de Noviembre, y con los restos de tropas admirablemente valientes, se encerró en Santo Domingo. Ya contaba cuarenta dias de sitio, cuando pidió parlamento y se le concedió: á él fué el general D. Pablo Anaya, y Santa-Anna se echó llorando en sus brazos, diciéndole: que los *malditos* yorquinos lo habian comprometido; que lo salvara; que saldria de la República, ó lo que él quisiera.

En esta cuestion se hallaban, cuando llegó á Oajaca la noticia del triunfo de la revolucion conocida por de la Acordada, y entonces las tropas del gobierno dejaron á Oajaca, y se creyó victorioso el general Santa-Anna.

Desde esa época empezó á ser ese hombre fatal el revolucionario por sistema, corrompedor de la disciplina militar y de la moral en general.

El general Guerrero, al triunfo de los yorquinos, fué elevado á la presidencia, y el general Santa-Anna contaba ya con esta cuatro revoluciones hechas contra los cuatro gobiernos que desde la independencia habian existido: en todas ellas fué promovedor y caudillo principal.

En este tiempo (1829) se ofreció la expedicion española que desembarcó en Tampico, y se hallaba el general Santa-Anna mandando el Estado de Veracruz: su ambicion lo exaltó, y atrevidamente y sin que nadie lo nombrara, se embarcó para Tampico y engrosó las fuerzas con que el valiente y sabio general Terán se oponia á la invasion.

Visto militarmente el proceder de Santa-Anna, no se conoció en sus operaciones sino atolondramiento. El ataque de Tampico, por el que consiguió momentáneas ventajas, lo redujo á un estremo en que lo sacó su astucia, y aquel único hecho de armas que consiguieron los valientes mexicanos, fué inútil por mal combinado.

Sobrevino una inundacion de gran peligro en todo el país,



y en medio de las dificultades mas grandes puso á prueba á nuestros valientes; los mandó asaltar el fortin de la barra sin mas reglas que el valor. No hubo bateria que abriese brecha; no hubo disposicion militar alguna. El valor y la obediencia de los mas bravos gefes y soldados, los llevó á la muerte por la impericia del general Santa-Anna.

Piense cualquiera que tenga ideas de milicia, ¿cómo puede ser tolerable que se lance un puñado de valientes con la agua en la cintura, á atacar una fortificacion defendida por muchas y buenas tropas de linea, sin abrir brecha y sin que la artilleria mexicana obrase para apagar los fuegos de la contraria? El resultado fué de gloria para los valientes que acometieron tan absurda empresa; pero fué sin duda una derrota en que pereció lo mas valiente y florido de las tropas de la independencia.

La suerte de este hombre atolondrado es tal, que se le vuelven las derrotas triunfos; así es que en esta la Nacion mexicana sacó ventajas de dos derrotas del general Santa-Anna. El medianísimo general Barradas, triunfante en todos los encuentros, se decide á capitular por llevarse los caudales que su gobierno le habia dado para su expedicion, y á los restos de nuestras tropas se rinde el general español.

Estos son los títulos de gloria de que se envanece ese fatuo Santa-Anna. En todo país culto hubieran sujetado á un general, que como él hubiera obrado, á un consejo de guerra, porque una dicha debida á la incomprendible tontera que cometió el general español, no afirma la corona del triunfo á un general que cometió las mas imperdonables faltas en el arte de la guerra.

¡He aquí, compatriotas, por qué medios y en qué camino tenemos de *héroe de Tampico* á este recluta miserable, á este revolucionario ávido de dinero y de poder!! ¡He aquí de dónde viene el derecho que cree tener para tiranizar, para hacer patrimonio suyo á una Nacion, para quien hasta esta época no ha hecho otra cosa que atrasarla, hacerla desobediente á sus mandatarios, así como á su ejército corrompido y revoltoso!

Empavonado del triunfo que le regaló el imbécil Barradas, se vino á Jalapa, donde se hallaba el ejército de reserva. En esa época se habia formado una reaccion contra el gobierno del general Guerrero, en que Santa-Anna se hallaba de acuerdo; porque toda revuelta era para él su punto de vista. Se proclamó el plan de Jalapa, en el que se trataba de restablecer el régimen constitucional, perturbado por el mismo Santa-Anna en 828.

Al tiempo de formarse la acta, se disgustó Santa-Anna, porque no le agradó hacer de segundo en el plan, y se quedó neutral; ó mejor dicho, á ver venir para aprovechar la coyuntura de la caída de sus rivales Bustamante y Guerrero.

No llegó tan pronto la vez de que pudiera cumplir con sus deseos, porque la administracion del Sr. Bustamante, vicepresidente legítimo de la República, se cimentó de tal modo, que lo mantuvo quieto á su pesar, y vigilado en algun tanto.

Tres años iba á cumplir la República de gobernarse por una administracion decente, que habia adelantado á la Nacion de mil maneras, que habia llenado sus arcas, y que habia organizado el ejército, cuando el génio del mal, el hijo espurio de este infortunado país, ese Santa-Anna, ese proteo de nuestro siglo, se apoderó de la plaza de Veracruz, y con el frivolo pretexto de mutacion de ministerio, promovió la guerra mas funesta y atacó por séptima vez al gobierno establecido con beneplácito y adelanto de la Nacion.

Quiso avanzar en su proyecto, y no sufrió sino derrotas como la de Tolome. Aquí necesitamos hacer una digresion. Como Santa-Anna no entiende jota de militar, todo lo quiere hacer con fulleras. Quiere impedir el paso á los generales Calderon y Facio, en Tolome, y estando en una posicion tan brillante, opera de tal manera, que á pesar del valor del coronel Andonaegui de la bizarría de los cuerpos que allí se hallaban, y que mandaba uno de ellos el acreditado y valiente coronel Landero, fué derrotado de un modo tan completo, que tuvo Santa-Anna que salir del riesgo á uña de caballo, abandonando á los valientes que aun combatian. Se vistió de jarcho, y no cesó de correr hasta que estuvo dentro de Veracruz.

Conozcan todos á Santa-Anna: su primera conversacion fué culpando al valientísimo Andonaegui y al bizarro Landero, que habian muerto combatiendo á quema-ropa con los contrarios: los acusaba de borrachos. ¿Se puede comprender cómo un collien miserable como éste, que abandona el campo de batalla, sea tan vil que quite el honor, hasta en el sepulcro mismo, á hombres distinguidos que no podia mirar enojados en su presencia?

Este es, militares, el pago que da ese hombre sin fé, sin amistad, sin virtud alguna; porque cree que engañar es sabiduría; robar, gracia; y corromper, disciplinar.

De una derrota siempre le resulta bien á este hombre, regla que no se prueba sino en él y en este país. Las demoras del general Calderon dieron tiempo á Santa-Anna para refacerse, y la enfermedad terrible de la costa, puso fuera de

combate á todos los que mandaba el general Calderon, por lo que levantó el sitio de Veracruz y se vino para Jalapa.

Sabido es, que estacionaria la revolucion, se vió Santa-Anna precisado á mudar de plan. llamando al general Pedraza, é invocando una persona, cuyos derechos él y no mas él habia quitado en 828.

El descaro de este proteo para decir sin ruborizarse una contradicción manifiesta, es admirable. Confesaba que habia hecho correr tanta sangre en 828 por un error, y que la hacia correr en 832 para subsanar su falta.

Esos errores se hacen pagar en todas las naciones con un suplicio para esos hombres malvados, que á su capricho quieren dirigir la suerte de millones de habitantes, y para quienes las victimas son diversion y las maldiciones arrullos.

Cada dia se hacia mas estacionario el movimiento de 832, y solo pudo valer al triunfo de Santa-Anna la revolucion de casi todo el interior de la República, que acaudillaba el general Moctezuma. Esto llamó toda la atención del gobierno para oponerse á las numerosas fuerzas que ya venian sobre la capital. El general Facio, con buenas y superiores fuerzas, dió paso á Santa-Anna de un modo incomprensible, cuando no se necesitaba mas que dias de constancia para que triunfara el gobierno de entonces.

La accion del Gallinero fué una operacion que hubiera asegurado la paz por muchos años bajo la forma federal, si el general Facio no abandona sus posiciones, y retirándose, hace que la partida de Santa-Anna tome impulso. Con todo, fué necesario el plan de Zavaleta, en el que el Sr. Bustamante, rígido en los principios federales y sin ambicion, entró por el restablecimiento del Sr. Pedraza.

Con tales milagros y transformaciones fué como Santa-Anna pudo triunfar, pues no tuvo mas encuentros felices en casi un año de lucha, que los del Palmar y la toma de Puebla.

Conoció Santa-Anna á su entrada á la capital y al tomar posesion el Sr. Pedraza, legitimo presidente, que no podia estar en ella, porque ofende á ese fatuo que oro mande, y se cree superior á todos en saber y en todas materias, por lo que se fué para su guarida de Manga de Clavo á urdir sus maldades.

El vengativo Santa-Anna se ofendió contra el ejército por la viva resistencia que le habia hecho en todo el año de 32, y proyectó su ruina persiguiendo á los generales, y á muchos distinguidos gefes, induciendo á los restantes á que hicieran la prematura revolucion de 833.

La Nacion ó eligi á Santa-Anna presidente y vice al Sr.

Fariás (1833), y no obstante esto, no se desprendió aquel de su guarida hasta que el Sr. Fariás, por su exaltacion, no habia preparado las cosas como él deseaba. Se desprendió de su hacienda cuando menos se esperaba, y en todo el camino vino declamando contra el Sr. Fariás y los sansculotes. Los militares que se hallaban ofendidos por las imprudencias de muchos diputados exaltados, y por el orgullo con que Santa-Anna habia clamádose vencedor, cuando habia sido un golpe de patriotismo su deferencia en Zavaleta, estaban dispuestos á la revolucion, y vieron como seguro que Santa-Anna los dirigiera; á todos los gefes militares habló en el sentido de la revolucion: vino á México, regañó al Sr. Fariás y á muchos diputados, y luego que salian éstos, se quedaba riendo de ellos con los gefes y oficiales.

Así formó la revolucion de esa época que luego contrarió, porque vió que los Estados se habian armado imponentemente, y se marchó de Cuautla para Puebla, donde se puso á la cabeza de algunas fuerzas. En seguida siguió la lucha contra los generales Arista y Durán, hasta que con cuádruples fuerzas recibieron estos pronunciados su derrota, y el triunfo de la federacion fué completo, no debido á Santa-Anna, que obró con miedo y doblez esa ocasion, sino á la energía de los Estados y á su coalicion.

No hay que decir que los centralistas destruyeron la federacion, todos fueron despojados, presos ó desterrados, y en esa época, la venganza que el general Santa-Anna quiso tomar del ejército porque no le seguia en sus maldades, fué a causa de que no háyamos vuelto á ver los veteranos de la independencia, sino á tropas viciadas y educadas á la Santa-Anna; es decir, infieles á todos los gobiernos que promueven el órden.

La federacion á poco tiempo fué destruida por Santa-Anna con aquella farsa de peticiones (1834) que ese malvado mandó se hicieran, y queriendo de ese modo cubrir su traicion á la patria: destruyó la carta federal el mismo que habia sido su defensor, y que se engalanaba con el título de soldado del pueblo y de su promovedor.

He aquí, mexicanos, al que tantos daños debeis: aquí está quien os arrebató ¡oh viudas y huérfanos! vuestros maridos, vuestros padres. A este hombre le debemos los años de revueltas y de sangre en que nos hemos hundido. Retribuidle sus beneficios como hacen los pueblos enérgicos; que llegue el dia de la venganza del cielo por tanta maldad, por tanto daño á una Nacion que no ha hecho mas que colmar de ho-

nores inmerecidos á ese malvado que tanta sangre ha hecho que se derrame.

Luego que desapareció la federacion, ya no tuvo limite la licencia de este hombre; se abalanzó lleno de codicia sobre los caudales de la República: todos saben y han contado las conductas que ha dirigido siempre á Lóndres, viendo á la Nacion como su finca y á nosotros como sus gañanes.

El valiente general Mejía quedaba aún combatiendo; lo abrumó por el número, y sucumbió. Zacatecas la heroica desafió al tirano en medio de su poder, olvidando que los ejércitos no se forman en un día. Sus heroicos gefes y animosos soldados cedieron, casi sin combatir, la victoria, de que se engalanó el traidor á la federacion, el general Santa-Anna.

Testigos hay de Zacatecas de los escandalosos robos que ahí se hicieron: carros cargados de barras de plata fueron sacados por Santa-Anna y conducidos á Manga de Clavo!! El Fresnillo fué casi suyo, y á esos robos á la federacion debe Santa-Anna tener hoy mas de tres millones de pesos en el banco de Lóndres.

La bondad de los mexicanos ya toca en sandez. ¿Querer que Santa-Anna, que es *despota y arbitrario por génio y por hábito*, respete y restablezca la federacion! Eso sería conseguir que el gavilan y la paloma se unan, que los cuadrúpedos habiten el mar y los peces la tierra. ¿Cuándo se verán en sí las cosas y no las personas?

Llegó á infatuarse tanto Santa-Anna despues de Zacatecas, que francamente, se esperaba su coronacion, porque se ha pelado las barbas por ponerse una corona, aunque fuera de cobre dorado.

Para este objeto quiso ir á Tejas y agobiar con el número á cosa de 700 hombres de armas, que al principio, alarmados por la caída de la federacion, se insurreccionaron. ¡Atencion! Santa-Anna es el origen de todo lo que hoy sufrimos.

No pudo con 6,000 hombres sujetar á 700 labradores armados. Su fatuidad era tanta, que creyó acabarlo todo con llegar á Bejar, donde le llamaron la atencion cosa de 200 hombres fortificados en el Alamo. ¿Qué necesidad habia de que se sacrificaran mas de 600 mexicanos por solo pasar á cuchillo á 150 tejanos? Esos hombres no tenian víveres: con dejar 1,000 hombres sitiándolos, no hubieran costado tan buenos soldados. La Nacion debió enjuiciar al general Santa-Anna por esa falta, y por la crueldad con que trató á los rendidos para hacer mas fuertes á sus contrarios.

Los horrorosos asesinatos frios de los trescientos colonos

en Goliat, todavía erizan los cabellos á los magnánimos y dulces mexicanos, y hubieron de encender el fuego de la venganza en todo el Norte. A Santa-Anna le debemos esto y el título de bárbaros con que nos regalan todos los que no son comparables en bondad y virtudes á esta Nacion magnánima, digna de ser próspera y feliz.

La ambicion ciega de este hombre. Santa-Anna, lo hizo encelarse de los progresos del general Urrea, y he aquí que se lanza al desierto sin los víveres necesarios. El general tejano se retiraba precipitado hácia el Sabina; pero Santa-Anna quiso mejor hechos de armas que ventajas, y se precipitó como un cadete con una vanguardia de 700 hombres escogidos con solo una pieza de artillería, y sin caballería!!! ¡Atencion, militares! ¡Aprended al maestro de la guerra, al Napoleon de América! Consigue parar á Huston, y entonces se refuerza Santa-Anna con otros 600 hombres. ¡Pobres labradores tejanos mal armados y llenos de terror! 1,100 hombres escogidos tenian al frente. El leon dormia seguro de su presa. Esos pastores se echaron sobre el *Nuevo Napoleon*, y como quien tira una baraja que los muchachos paran sobre una mesa, así desaparece la falange del héroe, que aunque dormido fué el primero en correr á todo trapo. Hubo valientes que hicieron honor á Méjico, quedando muertos 6 prisioneros en el campo; pero nuestro héroe fué cogido á prodigiosa distancia del campo de batalla, vestido con un traje de carnestolendas que á todos causó bafa. ¿Donde hallaría Antonio I un levitón que le arrastraba y el sombrero de un cuákeros?

Así lo presentaron al general vencedor que no conocia á este figuron; y á no ser por Zavala, hijo, no lo hubieran conocido.

¿Qué porcion de degradaciones, de bajezas de intrigas y de traiciones se siguieron de aquí. No fué digno este hombre de representar el papel de presidente de México: á esto se debe atribuir el desprecio que formaran de nosotros los americanos, que nos temian hasta entonces, teniendo otro concepto de nuestro aguerrido ejército.

¿A qué fué la bajeza de ofrecer la paz y los limites del Bravo? ¿Qué, un héroe hace fullerias? ¿Para qué depositar una cantidad de dinero en garantía del reconocimiento de la independencia? ¿Para qué hacer que se retirara el ejército numeroso en mas de cuatro mil hombres? ¿A qué, en fin, era rendir vasallaje á Washington, un hombre que se titulaba presidente de México?

¡Oprobio para nosotros! vergüenza para el ejército! ¿Dón-

de está el proceso que debió formársele á este mal mexicano y traidor presidente? La pérdida de Tejas y sus consecuencias son sin duda por su culpa, por su impericia; porque no supo preferir su deber á la muerte: ¡se salvó posponiendo al honor y á la patria! ¿Estos son los héroes de por acá? Si así debe ser en la creencia de los que dan ese título á un mal ciudadano, pésimo soldado; á un hombre sin conciencia, sin fe, sin valor y sin vergüenza. . . . .

Antes de concluir la época desgraciada del ejército de 836, no debemos pasar en silencio otro crimen de ese hombre prostituido á la vez que hipócrita. En las horas que estuvo en San Antonio Béjar, se enamoró perdidamente de una muchacha de gran hermosura, nacida allí. Sus satélites y rufianes de banda verde hicieron todas las maldades y sugerencias imaginables, y la virtuosa bejareña á todo fué inexorable. A nadie le habia ocurrido la maldad que á Santa-Anna: dispuso llamar á la madre y tratar de un formal matrimonio con su bellissima hija: de este modo se allanó la infeliz madre y se decidió la muchacha.

Se prepara un asistente de buena presencia, se abre corona y se viste de capellan: asisten de testigos los generales Baires y Castrillon, y con burla de la religion, del honor, de la moral y del alto puesto que ese lépero de Santa-Anna tenia para nuestro oprobio se cree la infeliz jóven presidenta de la República, y de esta manera pierde su virginidad defendida con valor! . . . . .

Las consecuencias fueron terribles: la honrada madre murió de la pesadumbre, y la muchacha fué conducida á México; despues regalada á un oficial, á quien se hizo coronel para que se casara con ella. ¡Cuántos crímenes en uno! ¡la perfidia, la infamia, y robar á la Nacion por ocultar una maldad horrenda, poniendo de coronel á un hombre que recibe con el despacho los despojos del sultan de América. . . . .!

¿De qué crímenes no es capaz un hipócrita sin religion, sin fe, sin decencia y sin ningun resorte que contenga su desenfreno? ¿Y esto se sufre, y á éste no se le ahorca, sino que se pone esta infeliz Nacion en sus manos y espera de él que nos salve? ¡Dios de bondad, defiende á México, porque ese hombre no hará sino cobardías, fullerías, crímenes y traiciones!

Después de su vergonzosa caída, vino como un zorro, haciendo del humilde: se metió en su hacienda, y echó tiempo encima de sus porquerías y maldades, atizbando la ocasion de rehacerse de todo el tiempo que perdía.

En la época de su cautiverio se estaba formando una constitucion, hecha á la medida del genio de Santa Anna; vesti-

do que, acabado, se lo plantaron al honrado y valiente general Bustamante: no le vino el vestido necesariamente, y de un inconveniente en otro nuevo, tuvo esa época miles de vicisitudes y revueltas en las que no tuvo nuestro Santa-Anna lugar de ponerse á la cabeza.

Llegó en esto la época desgraciada de la guerra con la Francia y toma del castillo de Ulúa por el almirante Baudin.

El Sr. Bustamante, que no abriga venganzas jamás, creyó que Santa-Anna seria útil en tal conflicto: relevan al Sr. Rincon, y precipitadamente le dan el mando á Santa-Anna: desde ese momento comenzó la farsa. Las fortificaciones bien combinadas y de un trabajo inmenso hechas por el hábil general Rincon, fueron despreciadas: fué despreciada la fe de una tregua y todo puesto en baxello. Quiso coger prisionero al príncipe Joinville, que de incógnito se paseaba en Veracruz: escapó éste, y preparó en venganza el asalto de la plaza, en que no pensaba.

No se ha podido nadie de los habitantes de Veracruz hacer cargo de cuál fué el plan de campaña de Santa-Anna. Este general tiene por sistema no tener ninguno, explicando los sucesos despues de sus resultados; seguro camino de los charlatanes y farsantes en todas las ciencias.

Unos afirman que habian sido abandonados los baluartes, otros que no; lo cierto es que los franceses, en la madrugada del 5 de Diciembre de 838, asaltaron la plaza, se hicieron de todos los baluartes; tomaron prisionero al general Arista en la misma habitacion del general en jefe Santa-Anna, que se hallaba en el centro de la ciudad, y dicho general en jefe tuvo que salir en cueros por las calles de Veracruz, y corriendo no se halló seguro que hasta el Matadero, pues no quiso quedarse en el cuartel donde se habia reunido la guarnicion.

Los franceses quedaron abismados de haberse hecho de mas de 60 piezas de artillería, de todo el parque de la plaza y de mas de 3.000 fusiles que hallaron en los almacenes de la escuela práctica, sin haber oido un tiro de cañon en dos horas despues del asalto. Destruyeron los montajes de la artillería, inutilizaron las piezas y todo el parque, quebraron los 3.000 fusiles y se retiraron, habiendo atacado el cuartel de la Merced, estremo al Poniente de la ciudad, donde no lograron ventaja alguna.

Estaban ya todos embarcados, despues de haber desmantelado la plaza de Veracruz, cuando Santa-Anna, para aparentar que los lanzaba de la plaza, salió con una columna de infantería y tambor batiente, para decir aquí voy, y llegó al

muelle. Se infiere con bastante claridad que no habia ya franceses en toda la ciudad, porque la columna que conducia Santa-Anna no tiró un tiro desde un extremo á otro de Veracruz, y llegó hasta la puerta del muelle; allí estaba un cañon que fué disparado al mirar á los primeros que se asomaron á la puerta: entre los que mató ó hirió, fué uno de ellos el general Santa-Anna, que se asomó contra la esquina de la aduana: al fogueazo escondió su cuerpo y olvidó una pierna que fué herida de metralla.

Cuarenta lanchas cañoneras con piezas de á 24 hicieron en seguida fuego sobre el muelle, y nuestras tropas, que no llevaban ni un cañon, se retiraron conmovidas por los alaridos que daba el héroe Santa-Anna, que no podia soportar el dolor de su herida.

Los franceses se fueron á sus buques, y nuestras tropas abandonaron la plaza, llevándose al héroe Santa-Anna para los Médanos.

He aquí lo que abrió el nuevo imperio de Santa-Anna y su instalacion en la sociedad despues de las glorias de San Jacinto.

Dicó una ridicula carta que conmovió á la Nacion, porque creyó que era verdad lo que decia, y en seguida escandalizó todo el campo por los enormes gritos que dió cuando lo amputaron.

Todos de buena fe han creído, y yo entre ellos, que Santa-Anna habia triunfado de los franceses, echándolos de Veracruz: todos se han desengañado despues de la farsa de ese truhan; pero han querido quedar engañados, porque les duele, como á mí, que no hubiera sido cierto lo que nos contó Santa-Anna á la orilla de la tumba, como él decia.

Los franceses no querian conservar Veracruz, porque no tenian mas que marineros y no tropa de tierra: querian vengarse de Santa-Anna, porque faltando á la fe de una tregua, quiso aprisionar al príncipe que estaba en Veracruz. Es cosa que pertenece ya á la historia, y se puede investigar, porque no tenemos hoy motivo alguno para ocultar lo que entonces era debido desfigurar y poner en nuestro favor porque no decayera el espíritu público.

Ese hecho de Veracruz, digno de un consejo de guerra para Santa-Anna, por sus innumerables faltas, le volvió su prestigio y lo puso en la presidencia interina en 1840, en que el Sr. Bustamante salió á pacificar los Departamentos de Oriente, en los que el valiente general Mejía, siempre constante en defensa de la carta federal, luchaba por su restablecimiento.

Al dirigirse las tropas para Tampico, el intrépido y hábil general Mejía, de acuerdo en Puebla con algunos generales, mas principales, que le faltaron, se decidió á internarse hácia la capital, fiado en las ofertas y compromisos de pueblos enteros. Santa-Anna entonces sale de México: el general Valencia obtiene una victoria en Acajete, y cae prisionero el infortunado general Mejía, ó mejor dicho, el héroe, el mejor caudillo de la libertad.

El general Santa-Anna que, como todo cobarde, es cruel, hizo fusilar á este distinguido mexicano, *sin formacion de causa, sin oírlo, sin que recayera fallo alguno*. Eso se llama asesinar; eso lo castigan las leyes en todos los países con la muerte del que lo ejecuta.

El general Mejía en el patíbulo, á que lo condenó su enemigo Santa-Anna por una simple orden, mostró el valor de un Ney. ¡Ah, si un militar tan sabio y valiente poseyéramos hoy! ¡Lo arrebató la venganza y el miedo que le tenia Santa-Anna! Sus amigos y los de la federacion sabrán algun dia volver sangre por sangre, uniendo la execracion del asesino del general republicano D. José Antonio Mejía.

No solo ese ciudadano distinguido ha sido victima de eso proteo, lo ha sido tambien el Sr. Farías: este hombre puro y patriota exaltado, no ha tenido otro azote que el maldado Santa-Anna; él lo desterró, lo hizo naufragar, lo ha hecho apurar la copa de la amargura con toda su familia. . . .

¿Cómo explicaremos, mexicanos, el enigma de ver á este Sr. Farías, siendo hoy un instrumento de ese hombre Santa-Anna, del mas prostituido, ladrón y traidor que ha abortado nuestro suelo?

¿Qué esperan de ese déspota los liberales que han sido engañados y vueltos á engañar? ¡Oh ceguedad, ceguedad! ¡serás la precursora de otra série de desgracias unida á multitud de victimas!!! . . .

Concluidos todos los partidos revolucionarios, volvió el Sr. Bustamante á la presidencia y Santa-Anna á su guarida, dejando preparada la caída del Sr. Bustamante. El general Paredes se pronunció de acuerdo con el general Santa-Anna (1842), y tuvo lugar la caída del gobierno y constitucion de 36, sustituyéndolo la dictadura de Santa-Anna. He aquí la época en que este hombre desató sus venganzas: desterró al Sr. Bustamante, persiguió á otros generales y ciudadanos, y se enorgulleció tanto ó mas que en 836, cuando soñó coronarse y llamarse Antonio I.

El robo descarado, el despotismo sin disimulo y la mas cla-

ra prostitucion se vieron en Santa-Anna y la inmundada nube de ladrones que lo circundaba.

La Nacion sabe lo que en esa época de vergüenza se hacia para incensar á tan rudo candillo.

La estatua de bronce de la Plaza del Volador, se puso para adularlo; pero seguramente algun hombre sagaz quiso, bajo ese titulo, burlarse del héroe, porque lo puso presidiendo á las verduleras y los pillos de plaza, lugar único que conviene á tal hombre.

El teatro nuevo quiso hacerse que se llamara de Santa-Anna, por la adulacion, y se colocó una estatua de yeso en el café, lugar de vaguedad, de charlatanismo, donde seguramente estaba bien colocado nuestro héroe de Carnestolendas.

Los empleos se vieron vendidos al que daba mas, y se daban de bofetadas doña Francisca y su hermano el general Santa-Anna por la mas ó menos parte que les tocaba en la vendata.

Las jóvenes que eran conducidas al sacrificio del sátiro dictador, salian con los acuerdos para los destinos de sus padres y maridos, que las llevaban en cambio. Horror y trabajo cuesta decir todo lo que en ese tiempo se hizo en México por ese hombre fatal que prostituyó el ejército, dando empleos hasta á los lacayos que llevaban los billetes á las prostitutas, de que todos los dias estaba rodeado este hombre lascivo y lleno de todos los vicios.

Se empezaban ya á sentir los síntomas de que no aguantaba mas la Nacion al tirano y éste no sufría al congreso, por lo que dejó el mando en poder de su ayudante el general Cantliza; no se puede llamar de otro modo á este señor, porque le consultaba á Santa-Anna hasta lo mas simple.

Poco aguantó el arbitrario Santa-Anna al moderado congreso de entonces, y sin calcular lo que podia venirle, quiso destruirlo, haciendo preparativos para la guerra de Tejas en que no pensaba. Se conoció su intento, y la Nacion rompió el silencio pronunciando su *hasta aquí*. El 6 de Diciembre fué la señal, y la correspondencia unisona en todos los ángulos de la República que aterró al tirano.

Catorce mil hombres de lo mas lucido y disciplinado del ejército mandaba en persona el cobarde Santa-Anna; abundaba en artillería, parque, y todo lo que podia desear. ¿Qué hizo este fatuo perdonavidas? ¡Llorar todos los dias mojan-do las casacas de los generales Misson, Terrés, y otros! ¡Llorar porque su conciencia, su tremendo juez, lo hacia exento de quietud y veia á la Nacion entera maldecirlo y pedir su cabeza!

No un partido solo; los federalistas, los centralistas, los neutrales, los pobres, los ricos, las monjas, en fin, todos, hasta los mismos que fueron chasqueados, comprometidos y abandonados por Santa-Anna, maldijeron su nombre. Trémulo y sin saber á donde huir, cayó en manos de los indios del pequeño pueblo de Jico; hasta allí habia llegado el odio al tirano: estos aldeanos inventaron hacer un *tamal* con Santa-Anna y prenderle fuego!!! ¡Invencion sublime y única con que pagaría tanto mal, tanta sangre, y la ruina de este suelo en que nacimos! El cura convenció á los indios de que no lo quemaran, y he aquí que escapó nuestro azote, nuestro fatal hombre!!! El general Herrera y su decente administracion, no cumplió con el voto nacional; obró con su corazon no con su cabeza, é influyó para la amnistia de Santa-Anna; ¡falta grave de que el Sr. Herrera y cuantos intervinieron en eso responderán á Dios! La Providencia, cansada de sufrir á Santa-Anna, lo orilló á un castigo que evitó el cura de Jico y la falta de valor del Sr. Herrera. ¡Caro costará á la Nacion eso, y todos volverán sus ojos y dirigirán sus reconvencciones al cura de Jico, que no dejó ejecutar la quemazon del solemne *tamal*, y el Sr. Herrera que no satisfizo la vindieta pública!

Sueño parece que Santa-Anna esté en San Luis dictando órdenes, y que el Sr. Fariós y los *puros todos* se hallen besando la mano que los azotó.

¡Degradacion sin ejemplo! oprobio y mengua para los hombres sin pudor que aparentan esperar el bien de ese hombre tan conocido, y en quien hasta los niños presagian lo que hará!!! . . . . .

Era preciso que los santanistas transaran con el mismo diablo por traer á su héroe, porque ya tenían necesidad de él, en razon de que los gastos habian consumido mucha parte de los robos que les repartió su principal cómplice; y los *puros* de puro apurados se agarraron de un tizon ardiendo...

Lo cierto es, que todavía quema; y por eso quiere ese partido débil echarse una nueva mancha de ignominia, nombrando presidente á Santa-Anna, único revoltoso y la primitiva causa del conflicto nacional con los Estados-Unidos.

Recuérdese que fué á Washington á besar la mano á Jackson, presidente de los Estados-Unidos en 1837. Recuérdese su campaña en 836, su expedicion á Yucatan en 843 en lugar de ir á Tejas, y téngase presente su política de hoy! ¡Ah! horroriza la calma con que medita ese hombre fatal nuestra ruina.—He aquí su plan.

Irritado á lo infinito por la derribada de sus estatuas, por

las maldiciones de todos los mexicanos, con que salió execrada, medita su venganza. Quiere afirmar su poder y saciar sus enconos, valiéndose de las circunstancias.

A la cabeza del ejército se halla: si triunfa, con un comandante general cada Estado y una órden del día, quedará la federación disuelta, en el tiempo que tarde en poner cuatro renglones; porque los militares que no saben matar yankees, saben oprimir mexicanos, derrotar cívicos y mandar Estados á punta de pié.

Si las ventajas son por los americanos, ¡desgraciados de nosotros! habremos perdido nuestra nacionalidad, nuestra religión, y nuestra raza desaparecerá del continente americano.

¿Qué se espera de un hombre que ha sido, primero, traidor á su patria, tratando con los españoles y recibiendo una cruz de la mano misma de Isabel II; segundo de quien traicionó á Iturbide porque no le dió la mano de doña Nicolasa; tercero, del que combatió contra el triunvirato; cuarto, del que barrenó la federación en 828; quinto, del que atacó en 832 el gobierno legítimo; sexto, del que en 35 traicionó á la federación; sétimo, del que en 42 destruyó la segunda constitución que la República se dió en 836; del que en 44 destruyó el congreso y la tercera constitución de la República; y octavo, del que en 46, restituye la federación como único medio de venir al poder? . . .

¿Y hay rubor, y hay hombres honrados que no les dé vergüenza ser cobardes? Si, señores; por cobardía, por temor respetan los mexicanos de todas creencias á Santa-Anna; todos en su conciencia conocen sus maldades y sus traiciones; pero tiemblan de su poder, de su descaro en perseguir, y de la inmundicia nube de vicios, ineptos, cobardes y ladrones que forman su séquito.

¡El honor se ha huido de entre nosotros! ¡El valor se ha escondido y la vergüenza no existe! lo decimos con dolor y desesperación. Se trata de elegir presidente á Santa-Anna por miedo; sí, señores, por miedo que le tienen los *puros* y los *moderados*, no porque ignoren sus maldades. Oprobio, vergüenza á tan escogidos hijos de los pueblos!!

Todavía puede ser tiempo; todavía pueden retroceder algunos hombres de honor, de que hay bastantes en el congreso actual, y con un golpe de energía evitar, no solo el nombrar presidente á Santa-Anna, el mas corrompido de los mexicanos, sino relevarlo del mando del ejército, y evitar así la ruina de la Nación.

Sí, congreso soberano, en nombre de la dolorida patria os

rogamos que no perdais tiempo; relevad á ese traidor que ha entregado á los enemigos la plaza de Tampico, la del Saltillo, que ha dejado á Chihuahua indefensa, que ha dejado á Veracruz y á Tabasco sin tropas.

Que recobre el gobierno sus derechos, que se nombren divisiones para el Norte, para el Sur y para el Oriente.

No sigamos en el error de que un hombre solo mande todo el ejército. Es inútil Santa-Anna para mandar una division sola, ¿cómo podrá mandar en todas direcciones?

Es un error, es un disparate militar que obren diferentes divisiones con diferentes líneas de operaciones, á distancias inmensas, contra diferentes ataques, dirigidas por un general solo. Nada se hará, cómo nada se hace, y mas si el general del ejército manda y regaña al gobierno de la República.

Santa-Anna ha puesto las divisiones y brigadas en las manos de sus humildes servidores é inútiles partidarios. Ciriaco Vazquez y Lombardini mandan las divisiones de infantería; Mifion y Ureca las de caballería. ¡Por Dios! ¿Estamos locos? De todos solo Mifion vale algo, incluso Santa-Anna y Valencia.

¿Qué hacen en un rincón y perseguidos los hombres de la independencia, los valientes Bravo y Bustamante, Filisola, Herrera y otros acreditados generales?

No se nos increpe diciéndonos que queremos hacer desmayar á la Nación metiendo la discordia: no, eso es imposible que se crea, cuando se mira á las claras que un vehemente patriotismo nos hace escribir, para que el nuevo gobierno vea lo que hace y sirve á la República, haciendo una guerra de actividad y de valor sobre esos americanos que Santa-Anna deja descaradamente poner en conflicto á la Nación.

Estamos invadidos, el tiempo urge, y ¿qué ha hecho Santa-Anna? ¿Se ha tirado un tiro desde que tomó el mando? ¡Ah, es tan imbécil, que aguarda que allí lo vayan á buscar los americanos! En un Departamento que no es garganta, y que no necesitan tocarlo para invadirnos en todas direcciones, allí ha reunido todo el ejército, toda la artillería gruesa y de campaña, y allí quiere el sándico que vayan á buscarlo los americanos.

Ellos harán lo que se está mirando, que mientras Santa-Anna se bambolea hecho un tronco en el sillón en que lo adulan los degradados jefes que ante él se abaten, los americanos amenazan á México, se dirigen á Veracruz y remarchan sus conquistas, sin disputárselas mas que con fanfarronadas, que son las que sabe echar el vencido por todos, el fátuo Santa-Anna.

Estas son verdades duras, arrancadas del centro del corazón dolorido por la desvergüenza de ese hombre, á quien se le ha confiado la defensa total de nuestro suelo, cuando en su interior está pensando por el camino que hará su huida, y aun tendrá preparado el traje con que disfrazarse y correr, echando á los generales y gefes la culpa de todo.

Tiempo hay para el remedio: no se esponga todo por todo en manos del peor enemigo de nuestro sosiego: salgan á la palestra los héroes de la independencia; fórmense divisiones que obren á la dirección del gobierno, y quítese en un día ese coloso, que sin servir de garantía, amenaza nuestra libertad, y aun ha asegurado á los gefes y oficiales, que á los ansculotes los amarrará en un día, como lo hizo en 1834.

No somos traidores, como se nos querrá llamar; somos hombres que vemos el mal y queremos se repare cuando hay remedio: el congreso lo hará, no hay duda, y á la menor palabra suya, caerá esa estatua que aun insulta á México en la Plaza del Volador, y vendrá atado á responder de sus crímenes el traidor á la federación Antonio Lopez de Santa-Anna, y con tres millones de pesos que tiene, que ha robado prostituyendo á la Nación, haremos la guerra eterna á los yankees, seguros que nuestro triunfo será el primer día de la marcha nacional, y no como ahora, que el triunfar nuestras armas será el eslabon primero que nos ate á la tiranía de D. Antonio.

¡Mexicanos patriotas! reflexionad, y abandonad el miedo: todo se le debe á la patria.—*La sombra de Mejía.*

La Nación le dió á Santa-Anna una espada de honor, y lo hizo general de division por los sucesos de Tampico: le dió mas que lo que merecía. ¡Y qué ha hecho de esa espada? ¡Ah! vergüenza da decirlo! *La vendió al general Barrera.* No se necesita mas para calificar á este hombre que adora el dinero y por él vende todo: la amistad, el honor y lo mas sagrado, ¡Vender una espada que debia legar á sus nietos!

(Artículo tomado de *El Norte-Americano*, publicado en sus números 6, 7, 9, y 10.)



## SEGUNDA PARTE

DE LA BIOGRAFIA

# DE D. ANTONIO LOPEZ

DE SANTA-ANNA.

Vamos á galvanizar un pestilente cadáver, vamos á remover el inmundo terreno de un sepulcro, para presentar en su deformidad horrible el esqueleto de un hombre destruido mas que por la acción del tiempo por la carencia de sus abominables vicios; de un hombre nacido para oprobio de la raza humana, destinado por la Providencia para ser el escándalo y el azóte de nuestra patria. Tan marcadas nos parecen las cualidades que de indicar acabamos, tan exclusivamente propias del siniestro personaje á quien ellas se refieren, que no dudamos haya mexicano alguno que al recorrer las líneas que acabamos de trazar, no exclame naturalmente: "Este escrito se refiere á Santa-Anna." Y por cierto que le sobra razon á quien así se produzca, porque en efecto, y á pesar de que sentimos al emprender este trabajo una penosa repugnancia, acometemos la tarea ingrata de bosquejar la segunda parte del tenebroso cuadro que una mano mas diestra supo trazar en el folleto titulado, "Biografía del general Santa-Anna" publicado en esta capital en el año de 1849. Entonces como hoy estaba fresca todavía la memoria de las torpezas del ignorante soldado, los prevaricatos, las injusticias, y la tiranía del indigno gobernante. Entonces la sangre caliente de millares de victimas inmoladas en la Angostura, Veracruz, Cerrogorido y Valle de México, pedía el castigo de una traición de antemano conocida, y segun todas las circunstancias de los acontecimientos de esa época infame y proditoriamente



Estas son verdades duras, arrancadas del centro del corazón dolorido por la desvergüenza de ese hombre, á quien se le ha confiado la defensa total de nuestro suelo, cuando en su interior está pensando por el camino que hará su huida, y aun tendrá preparado el traje con que disfrazarse y correr, echando á los generales y gefes la culpa de todo.

Tiempo hay para el remedio: no se esponga todo por todo en manos del peor enemigo de nuestro sosiego: salgan á la palestra los héroes de la independencia; fórmense divisiones que obren á la dirección del gobierno, y quítese en un día ese coloso, que sin servir de garantía, amenaza nuestra libertad, y aun ha asegurado á los gefes y oficiales, que á los ansculotes los amarrará en un día, como lo hizo en 1834.

No somos traidores, como se nos querrá llamar; somos hombres que vemos el mal y queremos se repare cuando hay remedio: el congreso lo hará, no hay duda, y á la menor palabra suya, caerá esa estatua que aun insulta á México en la Plaza del Volador, y vendrá atado á responder de sus crímenes el traidor á la federación Antonio Lopez de Santa-Anna, y con tres millones de pesos que tiene, que ha robado prostituyendo á la Nación, haremos la guerra eterna á los yankees, seguros que nuestro triunfo será el primer día de la marcha nacional, y no como ahora, que el triunfar nuestras armas será el eslabon primero que nos ate á la tiranía de D. Antonio.

¡Mexicanos patriotas! reflexionad, y abandonad el miedo: todo se le debe á la patria.—*La sombra de Mejía.*

La Nación le dió á Santa-Anna una espada de honor, y lo hizo general de division por los sucesos de Tampico: le dió mas que lo que merecía. ¡Y qué ha hecho de esa espada? ¡Ah! vergüenza da decirlo! *La vendió al general Barrera.* No se necesita mas para calificar á este hombre que adora el dinero y por él vende todo: la amistad, el honor y lo mas sagrado, ¡Vender una espada que debia legar á sus nietos!

(Artículo tomado de *El Norte-Americano*, publicado en sus números 6, 7, 9, y 10.)



## SEGUNDA PARTE

DE LA BIOGRAFIA

# DE D. ANTONIO LOPEZ

DE SANTA-ANNA.

Vamos á galvanizar un pestilente cadáver, vamos á remover el inmundó terreno de un sepulcro, para presentar en su deformidad horrible el esqueleto de un hombre destruido mas que por la acción del tiempo por la carencia de sus abominables vicios; de un hombre nacido para oprobio de la raza humana, destinado por la Providencia para ser el escándalo y el azóte de nuestra patria. Tan marcadas nos parecen las cualidades que de indicar acabamos, tan exclusivamente propias del siniestro personaje á quien ellas se refieren, que no dudamos haya mexicano alguno que al recorrer las líneas que acabamos de trazar, no esclame naturalmente: "Este escrito se refiere á Santa-Anna." Y por cierto que le sobra razon á quien así se produzca, porque en efecto, y á pesar de que sentimos al emprender este trabajo una penosa repugnancia, acometemos la tarea ingrata de bosquejar la segunda parte del tenebroso cuadro que una mano mas diestra supo trazar en el folleto titulado, "Biografía del general Santa-Anna" publicado en esta capital en el año de 1849. Entonces como hoy estaba fresca todavía la memoria de las torpezas del ignorante soldado, los prevaricatos, las injusticias, y la tiranía del indigno gobernante. Entonces la sangre caliente de millares de victimas inmoladas en la Angostura, Veracruz, Cerrogorido y Valle de México, pedía el castigo de una traición de antemano conocida, y segun todas las circunstancias de los acontecimientos de esa época infame y proditoriamente

te consumada. Entonces como ahora la hiena de Zempoala el héroe de cien derrotas, había ido al oscuro pueblo de Turbaco á sepultar su afrenta, á esconder su vergüenza, y á saborear cínicamente el fruto de sus proverbiales depredaciones, acaso el premio de las vilezas contra su patria cometidas. Y quien en tal situación le contemplara, quien supusiera en su alma mezquinísima, un átomo siquiera de vergüenza juzgarle ya políticamente muerto, como le juzgamos hoy, y hubiera también creído que su nombre no volvería á figurar en la historia de los desastres de México; pero el que tal supusiera había incurrido en un error lamentable, porque no es posible que ese monstruo nacido para el mal de su patria deje de mezclarse en nuestras revueltas siempre que le sea posible, y siempre con la bastarda mira de apoderarse del mando en provecho de su insaciable rapacidad. Así es que, apenas consumada la revolución que en 1853 acabó con el orden constitucional; apenas la usurpación se sustituyó á la legitimidad, cuando vimos moverse al hombre-plaga, como se mueven los venenosos reptiles que se desarrollan y viven al abrigo de la inmundicia; pero inmutable en su egoísmo incapaz de correr ni una sola eventualidad, aunque estimulado por su febril ambición, no se resolvió á dejar su guarida sino cuando estuvo seguro de que sus degradados servidores habían dispuesto las cosas de manera que impunemente le impusiera su yugo de fierro al pueblo más dócil de la tierra. Pérfido como todo tirano expidió al arribar á Veracruz un manifiesto en que protestaba que su advenimiento al poder, no marcaría el triunfo de ningún bando político; que llamaría á su derredor al talento y al mérito, sin descender al exámen de las opiniones individuales, porque solo se trataba de establecer la armonía y consolidar la unión de la familia mexicana. Mas cuando así hablaba ya en su alma de todo sentimiento generoso incapaz, se robustecía la idea de echarse en brazos de un partido que para merecer la pública odiosidad no había menester mancomunarse con Santa-Anna, con el hombre á quien ese partido tratara siempre con desden y menosprecio; pero que de pronto deseaba conquistar para el logro de sus aviesas intenciones. Y santa-Anna sobre toda ponderación infame, Santa-Anna para quien los nombres de honor, lealtad y consecuencia, han sido voces sin significado, Santa-Anna como el perro que se arrastra medroso bajo el látigo de su amo, y á trueque de engullirse un mendrugo, viene á lamer sumiso la mano que acaba de herirle, Santa-Anna decimos, que cuando de su torpe avaricia se trata, abdica por completo, hasta su ingénita ferocidad, no vaciló en

aliarse con el partido sanguinario que ha hecho ya subir al patíbulo á dos de los padres de nuestra independencia, y ese partido en posesion de un instrumento tan ciego, se reveló á la vez, en toda su asquerosa perversidad. Ese partido que con la pluma de su jefe Alaman pintó á Santa-Anna, como lo que es, como un miserable bandido, olvidó como por encanto los nauseabundos antecedentes del antiguo *amarrador de gallos*, y disfrazándolo primeramente con el manto y la cruz de la orden española de Carlos III y después con las insignias de gran Maestre de la de Guadalupe, le dejó parodiando el pensamiento que inútilmente procuró realizar el Libertador infortunado, inútilmente sí, porque esa orden desde el principio cayó bajo el dominio de la besa. Alaman nos asegura que para ridiculizarla se llamó á los caballeros, los huehuenches; pero sin embargo, Alaman á despecho de su enfática gravedad hubo de intervenir en esa farsa y después Santa-Anna con estúpido candor, ofreció el sambenito á algunos monarcas europeos, los cuales naturalmente desdeñaron ese estravagante agasajo, irritándose tal vez de que se hubiera pretendido afiliarlos en esa cofradía presidida por el proto-pillo de las Américas.

Santa-Anna hipócrita, como todo perverso, quiso darle á su administración cierto barniz de piedad, y vino á formar el prólogo de su infame gobierno pasando algunos días en la Villa de Guadalupe, como para indicar que imploraba los auxilios del cielo; pero en realidad para despertar en el pueblo el deseo de ver su entrada, que al fin se verificó atravesando el héroe varias calles de la capital y pasando en ellas con una gravedad ridículamente cómica, bajo de arcos triunfales erigidos por una villana adulacion, en la misma ciudad que seis años antes dejó el héroe abandonada á la saña del invasor americano, llevándose consigo más de catorce mil hombres, con que pudo muy bien auxiliar los patrióticos y generosos esfuerzos del pueblo, que no pudiendo ver con ojos serenos la ocupacion de su capital por un ejército enemigo, se lanzó con ardor á la pelea inmolándose en las aras de la nacionalidad. Santa-Anna cruel como todo cobarde, apenas había comenzado sus tareas administrativas, cuando se rodeó de cadalsos, haciendo que sus sicarios se derramaran por todo el país; revivió el favorito pensamiento de hacerse pasar como la personificación de la patria; á ella traidores se deician cuantos se mostraban desafectos á su detestable individuo, y el que se anunció como el iris que había de serenar la tempestad de nuestras discordias, el que venia á fortificar la union entre los mexicanos, comenzó por sistemar el exclu-

sivismo mas completo en favor de sus banderizos, estableciendo, que no podia ser empleado público el que no profesara los mismos principios políticos que el gobierno sostenia. ¿Y cuáles eran esos principios? Ningunos. Santa-Anna estaba sometido á las influencias del partido que por antifrasis se llama conservador, y ese partido cuando impera es la negacion de todo principio, sin perjuicio de invocarlos todos cuando á su turno sucumbe.

Santa-Anna al frente del gobierno, he aquí la fórmula que podria compendiar espresiva, enérgica y francamente la historia de ese periodo de lágrimas, de luto, de persecucion y de esterminio, que duró veintisiete meses, desde el funestísimo 20 de Abril de 1853, hasta el 9 de Agosto de 1855. ¿Cuál se estremecen las entrañas al recuerdo de aquellos dias aciagos en que parece que la Providencia quiso aplicarle al pueblo mexicano el castigo merecido por la indolencia con que se dejó arrebatar su libertad, y por el indiferentismo con que recibió la noble y generosa abnegacion del malogrado general Arista.

Nosotros prosiguiendo la tarea ingratisima de recordar sucesos cuya memoria querriamos de buena gana arrancar de nuestra propia mente, llegamos con la narracion á uno que todavía hace palpar de ira nuestro corazon. Santa-Anna á quien el humo denso de la lisonja no habia trastornado tan por completo el cerebro que se olvidara de que en las filas de la guardia nacional habia valientes, que supieron conquistar un laurel, allí mismo donde él recibiera solo vergonzosas derrotas; tuvo la procaz osadía de negar lo que todo México habia visto, tuvo la temeridad de disputar, desconociendo la victoria que en Churubusco y puente de S. Antonio, obtuvieron nuestras armas por la guardia nacional manejadas, y con sacrilega mano intentó quitar las palmas que adornaban las gloriosas sepulturas de Pefiúñuri y Martinez de Castro. Mexicanos hubo que no pudieron tolerar tan horroroso ultraje á la justicia, que elevaron su voz para sostenerla; pero la mano brutal del esbirro vino á sellar aquellos lábios, y los ecos de las voces que habian articulado fueron á perderse bajo las oscuras bóvedas de la fortaleza de Perote. No paró aquí esa persecucion hija de la mas refinada envidia. Una circular del ministerio de gobernacion prohibió la lectura y mandó arrojar al fuego los ejemplares que hubiera de un opúsculo que llevaba por título: Apuntes para la historia de la guerra con los Estados Unidos. En ese escrito se referian los hechos con toda la dureza de la verdad, se formulaban los cargos de aquellos resultantes con

toda la exactitud y precision de que eran capaces los inteligentes autores de él, y por este solo crimen, fueron desistuidos los que de ellos estaban empleados; todos fueron declarados traidores, y para rehabilitarlos se les exigia un solemnepequé, una pública retractacion, ni mas ni menos que la que los señores diocesanos exigen hoy á los que han prestado el juramento de obediencia á nuestra ley fundamental.

Santa Anna esencialmente traidor; pisoteó como siempre sus compromisos violando los convenios de 6 de Febrero, á cuyo efecto destacó un comisionado (digno por cierto de tal mision,) para que él entendiéndose en Guadalajara con otro no menos merecedor de las intimas confianzas del señor comun, ambos confesacionasen la voluntad nacional de que Santa-Anna gobernara á México por todo el tiempo que lo estimara conveniente, sin mas ley que su único capricho, pudiendo disponer á su antojo de la autoridad suprema, trocando su nombre emblema de fullerias por el exótico apodo de Alteza Serenísima, y titulándose capitán general con un sueldo no mezquino.

Ya desde el camino de Veracruz á México habia escrito Santa-Anna á cierto amigo suyo para que inspirara al bueno de Lombardini la idea de hacerlo capitán general: el decreto se espidió en consecuencia; pero el agraciado siempre modesto, y persuadido de que su tal cual merecimiento estaba de sobra compensado con las muestras de distincion que le prodigaba su patria, hizo dimision del empleo; aunque por decoro de su alto puesto conservó los bordados del uniforme, por que eso sí, nunca guata de confundirse con nadie. Véase como mientras se procuraba la ocasion de aparecer espontáneamente condecorado, se arrastraba hasta solicitar ese nombramiento, para presentarse despues como despendido de lo que tanto ambicionaba.

Santa-Anna hombre sin cabeza y sin corazon, saco henchido de vicios y de vanidad, tan estrofió á la verdadera grandeza como á las pueriles exterioridades apegado, quiso darle á su gobierno ciertos visos de corte, quiso imprimir en los que le asistian, un tono ridiculamente aristocrático: creacion de consejeros de Estado, comendadores y caballeros, tratamientos para cada uno de esos títulos, uniformes y libreas, reglamentos sobre el uso de moños y cintas, he aquí la placentera ocupacion del sátrapa, los ratos que no estaba á bacanales entretenimientos consagrado. Y como una consecuencia de aquellas importantísimas tareas, como natural producto de sus abundantes conocimientos en materia de figurines, Santa-Anna decretó el uso de muchos y variados uniformes para

distintivo de las multiplicadas categorías, desde el infatuado Gran Maestro hasta el envilecido corchete; y es seguro que no andaremos exagerados afirmando que el brillo de los ropales deslumbró los ojos á algunas de las personas que pasan por sensatas, y que éstas con palpitante vehemencia ansiaban por la ocasion de arrastrar las caudas de sus mantos, con el mismo desembarazo y gallardía con que el Gran Maestro arrastrará en un presidio la cadena que por tantos títulos merece.

Satisfechas así las apremiantes exigencias del prestigio que rodear debiera al alto gobierno. Santa Anna esencialmente despótico era preciso que se apoyara en la fuerza y solo en la fuerza: levantó un ejército que pretendia elevar á noventa mil hombres: el pretexto ostensible de esa formidable recluta era la defensa del territorio nacional y la seguridad de sus habitantes; pero mientras las tropas permanecian estacionarias en las ciudades, los bárbaros tababan como ahora, nuestros pueblos de la frontera, y se vendia por algunos millones el valle de la Mesilla, destinándose una buena parte del precio en vestir lujosamente los cuerpos de la guardia de S. A., y en solicitar el enganche de algunos miles de suizos que la auxiliaran en la importante empresa de establecer lo que él llama el orden: por manera que en su peculiar modo de discurrir, se necesitaban soldados para defender el territorio, y era preciso vender el territorio, para mantener á esos soldados: ¡así se burla hasta del buen sentido ese redomado bribón! Y como su corazon por la maldad encallecido es insensible á todo movimiento noble atropelló audazmente hasta con nuestras afeciones de independencia; incorporó en el ejército prodigando los altos grados militares, á mercenarios españoles que con gozo feroz se gloriaban públicamente de haber hecho "una buena matanza de indios" cuando regresaban de alguna de esas expediciones carniceras como la horrible de Tizayuca. Así, oh pueblo mexicano, se ultrajaban tus derechos, así te escarnecía el tenaz perturbador de tu felicidad, y mientras extranjeros de antecedentes quizá patibularios llevaban sobre sus hombros las divisas decretadas por la patria al valor y al merecimiento, en Morelia se derramaba desapiadadamente la valiente sangre de Gordiano Guzman, antiguo soldado de la independencia; y en el Sur se perseguía como á traidores á los generales Alvarez y Comonfort, heroicos defensores de la libertad.

Santa-Anna como todo tirano, sembró la desconfianza entre los ciudadanos: propagó el espionaje y premió las delaciones

y hasta la calumnia; ba-taba el secreto dandose un malqueriente para que el acusado fuera sin imas trámite haerrojado en inmundos calabozos, ó arrastrado volentamente de su hogar para marchar á pueblos donde un clima mortífero tuviera en peligro perpétuo su existencia; ni el asilo en un colegio ni los achaques de los años y de la enfermedad, y ni aun la misma debilidad del sexo merecieron alguna consideracion de aquel espíritu en la crueldad obcecado: por esto vimos caminar al destierro al jóven Degollado, correr la misma suerte al patriota coronel Zarco, al modesto sábio D. Luis de la Rosa, y á la Sra. Doña Melchora Arredondo; pero esta sed de persecucion; pero esta maligna inclinacion de hacer daño, no estuvo harta ni cuando delegada en esta parte la potestad dictatorial y aguijoneados por los preceptos del ministerio los agentes que gobernaban en los Estados, aumentaron prodigiosamente el catálogo de los proscriptos; cuántos infelices perdieron en esa cruel situacion á sus padres, á sus hermanos, ó á sus esposas sin obtener el penoso consuelo de recibir sus últimos suspiros: cuántos lanzados á paises extranjeros sin contar con recurso de ningún género, arrastraron una vida trabajosa á costa de amargas sustentadas: cuántos fueron conducidos al cadalso para volver luego al calabozo: ser de allí nuevamente llevados al suplicio y mantenidos despues en esa desesperante alternativa! Cuántos... pero seriamos en el declamar interminables, y es preciso recordar que escribimos en el lúgubre teatro de ese drama sangriento, y entre los mismos que fueron, ó testigos ó víctimas de una administracion la mas injusta, la mas bárbara, la mas inmoral, la mas cruel, la mas estúpida que imaginarse puede. ¡Oh! baldon eterno para los que así abusaron de la fuerza; que la execracion de la humanidad los persiga: que la eterna maldicion del cielo los confunda.

El despotismo sin ejemplo de Santa-Anna, causaba en todo el pais una profunda sensacion de indefinible malestar; la inseguridad en que todos vivian puesto que lo mas común era hablar á una persona, y en seguida recibir la noticia de que ya caminaba para Yucatan de orden suprema, el sin número de contribuciones hasta sobre los perros: la decadencia de la agricultura porque una leva incessante arrancaba á los hombres el arado para ponerles el fusil; todo esto hacia desear con ansia, un cambio político, y por tanto una revolucion moral quedó consumada mucho antes que tomara las coloradas proporciones que despues fué presentando la del Sur donde estaba el refugio de los oprimidos, á donde volvian sus miradas los que ya sentian decaer sus esperanzas.

El humilde pueblo de Ayutla, sirvió de cuna al movimiento armado; el prestigio de uno de los caudillos de nuestra independencia, y la reputación sin tacha de un notable republicano, fueron su único apoyo; hondo alarido de despecho arrojó el tirano, que en su orgullo no suponía ni la posibilidad de que alguien intentara rebelársele; agitado como si su alma fuera presa de las furias infernales vomitando imprecaciones y ardiendo en deseos de tomar una ruidosa venganza, puso en marcha sus batallones con dirección á Acapulco, y desconfiando de que nadie como él supiera dirigir esa campaña, ó sintiéndose envidioso de que otro y no él se recreara en la agonía de las víctimas que tenía ya irremisiblemente al sacrificio condenadas, se puso á la cabeza de aquella expedición en que puede decirse que iba precedido de los crímenes y acompañado del esterminio. Crímenes y esterminio, no bajamos ni una sola palabra; crímenes, porque con una frialdad horrible los jefes militares que operaban en aquel rumbo daban continuados partes de haber fusilado á tales y cuales que llamaban célebres cabecillas; pero que no eran mas que miserables indígenas á quienes su mala suerte ponía en manos de bravos que á toda costa necesitaban acreditarse derramando profusamente la sangre de sus hermanos, y entregándose en las poblaciones á repugnantes excesos, y esterminio; porque, ¿quién ha olvidado que mandó entregár á las llamas los pueblos y rancherías por donde hizo su ignominiosa retirada el Atila de nuestros días? Y así como el salvaje del Norte, quedó aterrado en las puertas de Roma, ante la santidad del anciano pontífice, este menguado tirano, tuvo que sumir en el polvo su impura frente, ante la mirada firme y serena de Comonfort, mal armado y escaso de recursos; pero radiante con la aureola luminosa de su patriotismo sin mancilla. Cuando el despota imbécil se sintió sin fuerzas para asaltar las murallas de S. Diego, á donde quedaron embotadas las puntas de sus bayonetas fraticidas; cuando allí se encontró con lo que no esperaba, con un hombre de corazón generoso, sensible solo á los estímulos del honor; pero invulnerable á los bastardos incentivos del sórdido interés, cuando sintió que le arrojaban á la cara, y con desprecio los ruines ofrecimientos que presentaba cual otro diablo tentador, juzgando acaso que todos los espíritus están como el venal suyo, en el mismo contagiado molde fundidos, entonces su desesperación no tuvo límites, y ya que impotente se veía para deshaogar su rencorosa saña, quiso al menos dejar un testimonio de su refinada brutal ferocidad. Entre los desdichados á quienes la mano de la

desgracia, abandonó á las garras de Santa-Anna, se hallaba el infeliz Indart, que despues de haber hecho por salvarse todo género de tentativas, hasta la de provocar con un rescate la voraz codicia de S. A., fué conducido al suplicio, y Santa-Anna con su estado mayor, como si á un espectáculo inocente asistiera, se presentó á ver el fusilamiento de aquel jóven, cuyas entrañas esparcidas por el suelo fueron recojidas y mezcladas con basura, formaron un pedestal al cadáver que desgarrado por las balas mandó suspender en un árbol. Tal fué el resultado de esa campaña que se abrió con amenazante aparato: el bárbaro asesinato de Indart el solo trofeo de las armas del dictador, que derrotado en el Peregrino, volvió á México, donde tuvo el inconcebible descao de aceptar los honores del triunfo con que la mas rastrera lisonja le brindara.

La revolución se presentaba imponente en el Estado de Michoacan. En Zamora llegó á congregarse una fuerza que de nuevo llamó la atención del dictador, y poniéndose en marcha sobre aquella comarca, llevó á ella como de costumbre el llanto y la desolación, el incendio y la muerte.

A la cabeza de algunos valientes apareció Comonfort en Ario, y el dictador se dirigió rabioso hacia aquel punto; pero una noche tempestuosa le sorprendió en el camino, y bastaron á derrotarle los estampidos de los truenos y el fuego de los relámpagos: entonces volvió su rumbo á México donde un grave negocio le llamara, y los mendigos que formaban su cortejo, los parásitos pordioseros que en adularle se ocupaban; esa especie de meretrices políticos en quienes el cálculo absorbe al sentimiento, y que á menudo hacían sonar la *ebúrnea trompa* para cantar las glorias de S. A., creyeron muy á salvo la reputación militar de su caudillo plagiando tan inoportuna como torpemente las palabras de Felipe II, cuando supo que una tormenta había destrozado á su escuadra llamada la invencible. S. A. decían, "no vino á combatir con los elementos".... ¡ya se ve, era preciso decir algo por tonta que fuera la disculpa!

Dijimos que un grave negocio llamaba á Santa-Anna, y tan grave, que por atenderlo abandonó el teatro de sus proezas. Acercábase el día 13 de Junio en que S. A. recibía con las *cordiales* felicitaciones de sus adictos, los magníficos presentes de que venían acompañadas: tal percance no era para perdido y en verdad mas valía el recibir en primorosas alhajas algunos millares de duros, que combatir á unos hombres resueltos á vender caras sus vidas: esta consideración era tanto mas poderosa cuanto que el héroe había tomado su par-

tido. Consumidos todos los recursos del tesoro público hasta los que produjo la traidora venta de la Mesilla: despilfarradas en poquísimos tiempo enormes sumas, sin que los empleados, los retirados y las viudas hubieran mejorado en algo su miserable condición; agotados ya todos los arbitrios y siendo de remota producción los que por explotar faltaban, el dictador, como decíamos, tomó la resolución de volverse á su Turbaco, para estar en acecho de más bonancibles tiempos: cuidó por tanto de apañar cuanto tuvo á la mano, soltó como un halcón á su consorte, que pacíficamente anduvo merodeando los monasterios de religiosas, las cuales pagaron en obsequios de valor, la interesada piedad de la *Serenísima Señora*. Y cuando la destrucción y la muerte batían sus alas por toda la República, la desvergüenza y el oprobio se asentaron en los salones del palacio. Entonces el ente corrompido, que había arrancado de su corazón hasta el último resto de afecto á sus paisanos, pactó la venta de los indígenas de Yucatan, entregándolos como párias por una indemnización miserable.

Entonces dando por terminados los trabajos de la demarcación de límites con los Estados Unidos, agenció la adquisición de los tres millones allí reservados, con peligro de que aquel gobierno no se hubiera fadado por satisfecho, creando así un abundante semillero de dificultades para nuestra desgraciada patria.

Entonces por un puñado de oro se recibió al enviado español poco antes repelido, y se comprometió al país en el escandaloso negocio de la convencion, que nos ha puesto en inminente conflicto, que ha estrechado á México á sufrir la humillación de que la prensa desbordada de Madrid arroje sobre nosotros lo mas virulento, lo mas osado, lo mas inicuo de sus procazes gascuñadas; y el odioso motor de toda esta máquina de infamias que no ha omitido ni aun la de querer esclavizar á su patria levantando en ella el trono para un monarca extranjero, sopla todavía desde su hedionda madriguera el fuego que nos está amenazando con una general conflagración: allá en sus ensueños de tiranía, se imagina restableciendo aunque sea sobre los escombros de México su abominable dominación, gozando de su venganza á la sombra del pabelion castellano, como el conde D. Julian buscó la suya al favor del sarraceno:

Entonces discurrió poner en manos de los agiotistas las rentas públicas, para que la administración que viniera se hallara sin recurso alguno, porque este hombre en quien como decia un compatriota nuestro, *nada hay de grande mas*

que los crímenes y esos degradadas por la pequeñez de los motivos, se propuso hundir al país en el desconcierto, y como las bestias rabiosas procuraba antes de morir inocular.

Cuando ya se acercaba el día para su fuga designado, la persecución se desató furiosa: multitud de ciudadanos fueron reducidos á prisión, y en ella ásperamente vejados: los papeles oficiales y los que con ellos tenían atingencia, referían las mas absurdas consejas para justificar aquellos actos de frenético despotismo: los últimos restos de la exahusta tesorería se repartían por orden del tirano entre aquellos de sus mas bajos y despreciables aduladores, y como ya el miedo se habia de su cobarde corazón apoderado, anduvo á guisa de bandolero pretendiendo ocultar el objeto de sus transparentes maniobras.

Burlando al fin á la justicia nacional, dejando al país sembrado de cadáveres, y de sangre inocente empapado, y propalando audazmente la negra detraccion de que siendo ésta una sociedad ingobernable se alejaba de ella abandonándola á su suerte, consumió así su evasión ese enjendro de soberbia, de inmoralidad y de perfidia, á quien usando el lenguaje de un hábil y entendido escritor, podemos llamarle: "encarnación del espíritu diabólico. Ser de esos que nacen para oprobio de la humanidad, y que en obsequio de ella debe el cuerpo social esterminar sin misericordia, alzando despues á su memoria un padron de eterna infamia."

¡Oh! No permita jamas el cielo que ese mónstruo vuelva á emponzoñar con su aliento el aire de nuestra atmósfera: quiera Dios librarnos para siempre de tan terrífica calamidad; y si en los altos designios de la Providencia estuviere resuelto su regreso, sea para que cayendo sobre su criminal cabeza el vengador castigo del pueblo, expie en un patíbulo afrentoso los males sin cuento que ha hecho llover sobre este suelo infortunado.

UNIVERSIDAD  
NOMINA DE NUEVO LEÓN  
RAL DE BIBLIOTECAS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Biblioteca Magno Universitaria  
"Raúl Rangel Fries"

®



pal. Frías



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS